

UN VIAJE POR BOLIVIA Y PERU

Recorrer Bolivia y el Perú constituye una aventura inolvidable. Yo he visitado estos países durante los meses de la primavera, y creo no equivocarme al afirmar que todo lo que en ellos he visto y admirado sobrepasa en mucho a lo que pude imaginarme. Es tanta la belleza de sus panoramas, son tan excepcionales los motivos que concitan la atención del viajero, que el tiempo resulta siempre escaso para aprisionar las emociones que nos depara a cada instante una naturaleza de subyugante hermosura y la obra del hombre que allí se exterioriza en forma potente y definida. Vale la pena, en verdad, peregrinar por esos parajes que no siempre ofrecen comodidades para el turista, pero en los que se respira hondamente la placidez de su clima maravilloso y se siente el fuerte latido de tradiciones seculares tan caras al sentimiento americano y católico. Cuando se faciliten los medios de comunicación y de transporte y se salven algunos de los inconvenientes derivados del actual estado de cosas, Bolivia y Perú serán las rutas preferidas por aquellas personas que no son indiferentes a las expresiones del arte en todas sus manifestaciones, y a quienes mueve el deseo de ponerse en contacto con los símbolos señeros de un pasado de esplendor.

Era una tarde hermosísima de octubre cuando tomé el tren en Tilcara, la reducida población quebradeña, rumbo a la Quiaca. Casi siete horas de ferrocarril separan a ambas estaciones. El paisaje, a veces risueño, a veces agresivo, dilátase ante la mirada del espectador. Corrientes cantarinas dan vida a los sauzales, sortilegio que los pintores tratan de apri-

sionar en sus cuadros. Con las primeras sombras del crepúsculo llegamos a Humahuaca, en cuyo fondo oscuro destacase el monumento a la Libertad que tallara Soto Avendaño. Ya estamos frente al hombre de la Puna, seco y rígido como la naturaleza hostil que le sirve de escenario. Más adelante los colosos de piedra que bordean la ruta semejan fantasmas amenazadores y se comienza a experimentar las molestias de la altura. A 3.500 metros sobre el nivel del mar, el convoy parece esforzarse en cada tramo como si una fuerza oculta y poderosa le trabara su engranaje. Poco antes de medianoche llegamos a la frontera. Todos los pasajeros se apresuran para encontrar ubicación en los escasos hoteles, y al día siguiente, previos los trámites aduaneros de rigor, pasamos a Villazón, en territorio boliviano.

Hacia Potosí

Como nos dirigimos a Potosí tomamos el tren que de Villazón parte a las once de la mañana. Para llegar a la Villa Imperial son necesarias treinta y cinco horas de viaje por ferrocarril. El trayecto sería en extremo penoso si no lo hiciesen amable los mil motivos de distracción que ofrecen sus pintorescas estaciones. Un enjambre de indios y mestizos colman los apeaderos ofreciendo en venta sus múltiples mercancías. El colorinche de sus atavíos resalta tanto como la miseria que exhiben. Aquí se impone expresar que el sentimiento de humanidad de que solemos hacer gala no condice con la conducta que muchos observan en el trato mercantil con esa pobre gente. Sin desconocer la astucia de aquellos vendedores, no se explica que el turista se afane en adquirir por veinte lo que sabe que vale cinco veces más que el precio que allí ofrece. ¿Cómo regatear nuestra ayuda a esos infelices que apenas cuentan para el sustento diario con las pocas monedas que le deja el viajero que sólo pasa por su pueblo dos veces a la semana?

A media tarde llegamos a Tupiza, y como el tren se de-

tiene durante treinta minutos, aprovechamos el descanso para recorrer algunas de sus viejas calles. Todo es colonial en la vetusta arquitectura, y un suave perfume de tradición y de leyenda parecen exhalar sus casonas de volados balcones. ¡Cuántos hijos de argentinos, durante la emigración, nacieron, vivieron y lucharon en estas desoladas poblaciones! Mientras visito Tupiza recuerdo que allí vió la luz primera —hace poco más de un siglo— nuestro Eduardo Wilde, aquel sutil espíritu de escritor y estadista, colaborador distinguido del general Julio A. Roca en su primera presidencia.

A la mañana siguiente se transborda en Río Mulato. Aún restan once horas de viaje para llegar a Potosí, y el trayecto ya no ofrece variantes como no sea la del continuo ascenso hasta encontrarnos en alturas en las que en otros continentes sólo viven las águilas, como ha dicho mi distinguido amigo el doctor Plácido Molina, cultísimo historiador, jurista y literato cruceño, ex presidente de la Corte Suprema de Justicia de Bolivia. A la caída de la tarde estamos en “El Cóndor”, a 5.000 metros de altitud. Luego de un breve descenso durante tres horas, y después de la cena se ofrece a nuestra vista la mancha negra del Cerro de Potosí, salpicado aquí y allá por las luces de las perforaciones. En la estación volvemos a observar el repetido espectáculo de los indios astrosos, inmóviles como los árboles achaparrados que hemos visto en el camino. Los mismos ojos de mirar cansado, iguales rostros inexpresivos y duros, idéntica pesadumbre de sobrellevar una existencia triste, sentimiento que expresan en los yaravíes que entonan melancólicamente.

La Villa Imperial

Es una noche primaveral de octubre, pero el airecillo penetrante hace columpiar suavemente las copas de los árboles en la espaciosa Plaza Mayor de Potosí. Todo es silencio en la vieja ciudad, célebre por las riquezas de sus minas y el esplendor y boato que gastaron sus hijos hasta hacer de ella

la más alta expresión del sibaritismo colonial en América. Hoy es apenas una sombra de su grandeza pasada, pero su Cerro —el famoso Cerro de Potosí— sigue alimentando la codicia de los hombres. Cinco mil bocaminas dan trabajo a una considerable población obrera. En la oscuridad, las luces de las perforaciones —vistas desde el centro— semejan un cielo de pesebre. ¡Inagotable Cerro de Potosí, que después de haber dado plata en cantidades fabulosas, abre ahora su seno para que el estaño y el plomo, de tanta aplicación en la industria moderna, hagan que las miradas se dirijan hacia la legendaria ciudad boliviana!

No existe documento alguno que fije con precisión la fecha exacta de la fundación de la Villa. Sólo se sabe que el indio Diego Huallpa, en 1544, en circunstancias imprevistas, descubrió la veta que había de ser el origen de las futuras explotaciones. Algo así como un velo de misterio suele cubrir a casi todas las primitivas concentraciones urbanas, más aún en casos como el de Potosí, donde la riqueza material deslumbra y es causa de luchas y rivalidades que se repiten a lo largo de su historia. Un año después, en 1545, se afincan los que pueden ser considerados los fundadores: Diego de Centeno, Juan de Villarroel, Pedro de Cotamnito, Luis Desatnandía. Poco a poco van llegando otras familias, atraídas por la plata que el cerro no mezquina. Son españoles casi todos sus habitantes, destacándose por su número el elemento vasco. Después del 1600 conviértense en los señores de la ciudad y ejercen sobre ella los derechos que les acuerda una superioridad que apenas es discutida. Pero un buen día los criollos se cansan de tolerar a sus pertinaces adversarios y se producen las primeras sublevaciones. La sangre hierve en las venas de los “Vicuñaas” —nombre con que es conocido el bando de los nativos rebeldes—, y con la fastuosidad del derroche corren parejos el odio y la venganza. Pasan los años y un suceso desgraciado enluta a la ciudad: las famosas “lagunas” del cerro se desbordan. Un enorme caudal de agua se vuelca sobre la urbe, que queda casi totalmente destruída. Sólo se

salva de la catástrofe el convento de los padres franciscanos, que aun está en pie, y cuya formidable fábrica nos indica con qué solidez trabajaban los constructores de la colonia, como si quisieran que sus obras resistiesen la marcha de los siglos.

Quizás sea Potosí una de las ciudades más pintorescas de la América hispana. Su típico diseño urbanístico se caracteriza por la homogeneidad dentro de su caprichoso estilo. Situada a 4.000 metros sobre el nivel del mar, todo parece señalar que allí las casas se construían sin plan ni medida. Calles que se inician rectas, a los pocos metros empiezan a viborear, de tal manera que la persona que hasta ella llega por primera vez puede fácilmente perderse en el laberinto de sus arterias. Algunas son tan estrechas que no dejan pasar juntos dos vehículos. En estos casos, uno de los conductores debe subir a la vereda para evitar colisiones. Cuando un carruaje se detiene frente a una casa es necesario que ocupe la mitad de la acera para dejar libre la calzada. Es tan reducido el ancho de algunas calles que es posible que los vecinos se den la mano de balcón a balcón.

La Catedral y la Casa de la Moneda son los edificios más notables. Verdaderas obras de arte, sobre todo la segunda, el viajero queda maravillado de sus interiores. Desde su monumental portada, todo ha sido cuidadosamente estudiado en este palacio donde impera la riqueza y el buen gusto, de acentuado estilo mudéjar. Veinte años duró la construcción, iniciada en 1753 bajo la dirección del arquitecto don Salvador de Villa. Cuando estuvo terminada la obra se trajeron de España las maquinarias para la acuñación. La grandiosidad y la tragedia convivieron en este caserón, verdadera fortaleza. Los pesados implementos de trabajo eran impulsados por mulas, pero cuando este animal empezó a escasear en la comarca, de manera que buscarlo en otras zonas importaba erogaciones cuantiosas, los dirigentes de la Casa de la Moneda no vacilaron en reemplazarlos con indios. El nativo fué objeto, así, de una brutal explotación. Difícil sería calcular el número

de los infelices indígenas que entraron a las minas para no ver más la luz del sol, o el de los que perecieron extenuados en los fosos siniestros de lo que se ha dado en llamar el “Escorial americano”.

Este admirable edificio ha servido de Casa de Moneda, de fuerte contra las invasiones y de prisión. Hoy está al cuidado de la “Sociedad Histórica y Geográfica Potosí”, cuyo activo director, el doctor Domingo Flores, y el presidente del Departamento de Cultura de la Universidad Autónoma de Potosí, don José Enrique Viaña, han sido mis gentiles acompañantes en la visita que realizara al famoso monumento. Es actualmente un riquísimo museo en el que se exhiben piezas de gran valor artístico y documental. Está en formación la biblioteca de la Casa de la Moneda, y el doctor Flores me hace notar que a dos argentinos se debe la publicación, recientemente, de interesantes trabajos relacionados con ella. Me muestra un libro de que es autor Pedro Juan Vignale: “La Casa Real de Moneda de Potosí”. También pone en mis manos un volumen titulado “La Ceca de la Villa Imperial de Potosí y la Moneda Colonial”, por Héctor F. Burzio, del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, con una “Advertencia” del doctor Emilio Ravignni.

Abandonamos la Casa de la Moneda y nos lanzamos a vagar nuevamente por las callejas de la vieja ciudad. La “Plaza del Regocijo” llámase ahora “10 de Noviembre”, pero en cambio se conservan nombres pintorescos y peregrinos: tal la “Calle de la Pulmonía”, junto a la Catedral, que debe su designación al hecho de que sus corrientes peligrosas, según era fama, causaban frecuentes dolencias. La “Calle de la Ollería” evoca el tiempo en que en ella se vendían objetos culinarios; la “Esquina del Ahorcado”, con el balcón que aún exhibe el travesaño en que se colgaba a los ajusticiados; la “Cuesta de la Aristia”; el “Arco de Cobija”, en los alrededores de la ciudad, de intenso tránsito en épocas pasadas. Entre los edificios particulares debe mencionarse el “Palacio de Cristal”, del marqués de Otavi, exponente del esplendor

de aquellos siglos en que la posesión de la riqueza parecía ser el móvil principal que impulsaba la conducta de los hombres.

Temerarios y valientes, codiciosos hasta perder la vida, los aventureros que un día se aposentaron en la Villa Imperial de Potosí nos han dejado una verdadera ciudad-museo, en la que están coleccionados las virtudes y defectos de quienes, a medio siglo del descubrimiento de América, solamente pensaban en los tesoros que guardaba pródiga la tierra, y a cuya explotación se dedicaron con afiebrado afán.

La ciudad blanca

Los sucrenses se ufanan de ser hijos de la ciudad más prestigiosa de Bolivia. Cabeza de la Audiencia de Charcas, la capital histórica y constitucional del país hermano es Sucre, conocida primero con el nombre de Charcas, luego con el de La Plata, más tarde con el de Chuquisaca, hasta que en 1839 fué bautizada con el apellido del célebre mariscal de Ayacucho.

Entré a Sucre viajando en el coche-carril que me llevó desde Potosí. Medio de transporte inaugurado en los últimos años, cúbrese el trayecto entre ambas ciudades en el término de seis horas y permite admirar un panorama de singular belleza. Altas montañas, valles de penetrante hermosura, cristalinas corrientes de agua y precipicios que se suceden a lo largo del camino, dan mucha animación al paisaje.

Sucre está viviendo su hora de reconstrucción. El sismo de la noche del 27 de marzo de 1948 ha dejado hondas huellas en la ciudad y la población recuerda atemorizada los trágicos momentos de aquella jornada inolvidable. Entregados casi todos al reposo, fueron despertados por un enorme sacudón que hizo vibrar los muros seculares de la ciudad blasonada. Sólo cinco segundos bastaron para destruir monumentos, echar muros al suelo y agrietar los viejos paredones de los templos.

Lo primero que se observa al llegar a Sucre es el apego

de sus hijos a la tradición, que conservan celosamente. Magnífico debió ser, sin duda, su glorioso pasado, del que quedan muestras elocuentes en el trazado casi íntegro de la planta urbana, con sus grandes mansiones de dos y tres patios y el conjunto de sus iglesias y monasterios en los que se atesoran piezas artísticas de un valor inestimable.

No es posible detallar todo lo que es digno de admirarse en esta vieja ciudad mediterránea. En la Iglesia Catedral véanse imágenes de plata y marfil, custodias de oro, cantorales de pergamino, cuadros de pintores famosos, entre los que se destaca “El martirio de San Bartolomé” de el Españaoleto, y una “Virgen y el Niño”, debido al pincel de Murillo. El “Museo de Objetos Religiosos” atesora un conjunto de piezas de rara hermosura, acaso no superado por otros análogos del continente.

Los altares y retablos de la iglesia de la Merced son de una belleza impresionante. La sillería del coro de la Recoleta es magnífica. Este antiquísimo templo está situado en un lugar muy elevado de la ciudad y significa no pequeño sacrificio llegar hasta él por lo empinado de la cuesta. La vetusta arquería se encuentra casi totalmente apuntalada para evitar derrumbes. Los monjes alivian su pobreza con el cultivo de la huerta amplia y risueña que se extiende ondulada al pie de un cerro. El llamado “Gran Poder”, sede otrora del Tribunal de la Inquisición, también era objeto en los días de mi visita de cuidadosos trabajos de reparación. La “Casa de la Libertad”, llamada así porque en ella se problemó la independencia de Bolivia, antiguo solar jesuítico de la Universidad Mayor Real y Pontificia de San Francisco Javier, cuya existencia data del primer cuarto del siglo XVII, fué igualmente dañada por el terremoto, habiéndose deteriorado verdaderas reliquias. Esta admirable construcción, de tanto valor evocativo, encuéntrase al cuidado de la “Sociedad Geográfica Sucre”, cuyo director, el doctor Alfredo Jáuregui

Rosquellas, trabaja incansablemente en la restauración del edificio.

No obstante el sentimiento tradicional de los vecinos por conservar todo lo que signifique una expresión del pasado de Sucre, la ciudad se moderniza y existen instituciones de cultura de las que pueden sentirse justamente orgullosos. En el aspecto urbanístico debe mencionarse la plaza 25 de Mayo, bellamente arbolada y cubierta de flores. En ella se levanta el monumento a Sucre y una estatua a Monteagudo, en cuyo pedestal los bolivianos han grabado esta inscripción: "A Bernardo Monteagudo, la patria", firmemente convencidos de que el ardoroso tribuno revolucionario no nació en la República Argentina sino en Sucre. El doctor Jáuregui Rosquellas me da las mil razones que tienen sus compatriotas para sostener el origen altoperuano del fogoso periodista de la emancipación.

Algunos edificios merecen ser señalados, como la Casa de Gobierno, el Palacio de los Tribunales y el teatro "Gran Mariscal Sucre", en la Plaza Libertad.

En el orden cultural Sucre impresiona favorablemente. En su Universidad tres veces secular se trabaja disciplinada y entusiastamente. El vice rector en ejercicio, doctor Armando Solares, es un caballero distinguido. El decano de la Facultad de Derecho es el doctor Manuel Durán P., hombre joven de versación poco común, coautor con el doctor Oscar Frerking Salas de la "Legislación Universitaria Boliviana", que lo acredita como un profundo conocedor de los problemas universitarios de su patria. Invitado gentilmente por el doctor Durán, tuve oportunidad de presenciar la clausura del año lectivo de 1948 en la Facultad de Derecho y la entrega de diplomas a los graduados. Puedo afirmar que el cuerpo de profesores y los alumnos de la Universidad Mayor de San Francisco Javier honran al país por su exquisita cultura.

Una institución muy simpática es la "Sociedad Geográfica Sucre", por la obra sanamente patriótica y desinteresada que realiza. Edita un boletín mensual con valiosas colaboracio-

nes. Las dificultades económicas con que ha tropezado en los últimos tiempos han de verse salvadas en el futuro merced a un valioso donativo que se le ha hecho recientemente. La "Sociedad Filarmónica Sucre" es también muy respetada por su efectiva contribución artística.

En mi breve visita a Sucre pude apreciar cuánto se quiere a la República Argentina en esa prestigiosa ciudad, lo que se evidencia en el trato que nos dispensan sus hijos o vecinos más caracterizados. Además de los ya nombrados deseo mencionar aquí al presbítero Don Juan C. Cerrudo, arcedeán jubilado de la Catedral y viejo historiador, que mantiene correspondencia con distinguidos intelectuales argentinos sobre temas vinculados al pasado. También guardo un grato recuerdo del doctor Plácido Molina, erudito jurista e historiador y funcionario judicial de gran jerarquía. Me brindó generosamente su amistad y fué mi guía y mentor a mi paso por la ciudad.

Pero Sucre no debe conformarse con lo que es en la actualidad. Está bien que conserve sus tradiciones y haga un culto de sus glorias, pero es necesario que mire hacia adelante. Es indispensable que amplíe su horizonte cultural, que atraiga al indígena hacia nuevas formas de vida. Para ello le será útil vincularse, extender sus vías de comunicación, intensificar sus industrias, ofrecer al turista las comodidades de que hoy no disfruta. Cuando ello ocurra, Sucre será una ciudad de glorioso pasado y de brillante porvenir.

Hacia La Paz pasando por Cochabamba

La distancia que separa a Sucre de Cochabamba se cubre en dos horas escasas viajando en los cómodos y seguros trimotores del Lloyd Aéreo Boliviano.

Cochabamba es la ciudad del país hermano que está experimentando con mayor vigor la influencia de corrientes renovadoras. Tiene, es natural, sus barriadas pintorescas, sus casonas seculares, sus rincones tradicionales. Pero no todo es

vetusto. La parte céntrica de la ciudad, de ritmo acelerado y nervioso, indica una pujante actividad comercial y cultural. Posee, por otra parte, un clima maravilloso, y ello hace que sea una meta obligada de turismo. No faltan comodidades para el viajero, y el "Hotel Cochabamba" es magnífico y está lujosamente amueblado. Posee soberbias instalaciones deportivas y se halla ubicado en un lugar de ensueño, al pie de un cerro de lujuriosa vegetación. Lo único que se podría objetar es su alejamiento del centro, aunque para los pasajeros existe un buen servicio de ómnibus y automóviles.

Cochabamba, la ciudad mártir en la América del Sur, la Jerusalem de la libertad, como la llama W. Jaime Molins, por el valor indomable de sus hijos en la defensa de sus más preciados derechos contra el poderío español, debiera ser menos ignorada por quienes desean ponerse en contacto con los escenarios del glorioso pasado. Agrega Molins que Cochabamba fué, para la historia de la emancipación americana, el reducto más fuerte y más trascendental en el transcurso de la guerra grande, y que a no haber sido ella, con la acción valerosa e ininterrumpida de sus soldados y de sus montoneros, el plan de Abascal habría encontrado más franco y expedito el camino de Buenos Aires. El empuje realista encontró siempre un formidable valladar en el pecho de los cochabambinos, y hasta sus mujeres no permanecieron inactivas en la defensa del terruño. La inmolación en el monte San Sebastián, dice Molins, cuadro enrojecido y aureolado por la gloria del sacrificio, es sin duda la página más legendaria y conmovedora de la historia de América.

Por el mismo Lloyd Aéreo Boliviano se llega rápidamente a La Paz. Esta ciudad, que no es la capital del país, pero en la que tienen su sede las autoridades, es una de las más interesantes de la América del Sur. El avión sobrevuela a enormes alturas, como si quisiera desafiar a los colosos de piedra, el Illimani, el Guaina Potosí, el Illampu, gigantes custodios de la ciudad, con sus picos nevados. Desde el aeropuerto, el óm-

nibus inicia en interminables vericuetos el descenso a la hoya en que está situada la ciudad de La Paz, besada por la corriente cristalina del Choqueyapu —sementera de oro—, que fecunda estas tierras de extraordinaria fertilidad.

El solar en que hoy está asentada la ciudad de La Paz, fundada el 20 de octubre de 1548, perteneció a la extensa dominación incaica. Después de cruentas luchas los conquistadores lograron avenirse. Su escudo de armas dice bien a las claras que fué un gesto de fraternidad el nacimiento de la urbe:

Los discordes en concordia
en paz y amor se juntaron
y pueblo de paz fundaron
para perpetua memoria.

La Paz se acerca en la actualidad a los 400.000 habitantes. Sus construcciones tienden cada día a modernizarse, y posee edificios notables, como el de la Universidad, desde cuyas azoteas se puede contemplar de noche el magnífico espectáculo de la ciudad iluminada, que semeja un pozo en el que se hubiesen distribuido caprichosamente miles y miles de luminarias, tal es la accidentada configuración de sus barrios, que en ciertas zonas parecen trepar por las colinas.

Sopocachi es el barrio aristocrático y Churumaba la parte antigua, entroncada con las más rancias tradiciones. La Paz, ciudad cuatro veces centenaria, no puede ser descripta pormenorizando en detalles. No solamente lo vetusto llama la atención del viajero, sino que aun en lo que se remoja cada día, el turista encuentra motivos de atracción, tal la zona de influencia de la Plaza Murillo, que concentra las actividades múltiples de la vida paceña. A relativamente escasa distancia están los yungas, valles de gran fertilidad, las ruinas de Tihuanacu, misteriosa región donde se concentró en épocas lejanas una admirable civilización, y el Titicaca, el lago sagrado de los incas.

Esta inmensa extensión de agua, que mide 160 kilómetros de largo por 60 de ancho, situada a 3.814 metros sobre el nivel del mar, lo que ha hecho decir que parece estar colgada de las nubes, tiene una historia que se remonta a las más antiguas tradiciones. El Titicaca impresiona hondamente por su belleza serena, en cuya superficie se reflejan las montañas de sus alrededores. Resulta inolvidable navegar horas enteras en las rústicas embarcaciones que lo surcan, algunas construidas con las totoras que crecen en sus orillas. Una mañana fresca de principios de noviembre, en compañía del profesor norteamericano doctor Harvey L. Johnson, nos dispusimos a viajar hasta la Isla del Sol, de donde, según la tradición, surgió la pareja formada por Manco Capac y Mama Ojillo, origen del imperio incaico. Tres indios de débil apariencia se turnaban en la para nosotros agotadora tarea de remar. ¡Hombres extraordinarios los de esta raza de bronce! Desde las cinco de la mañana hasta las cuatro de la tarde en que regresamos a Copacabana puede decirse que casi no descansaron.

En la Isla del Sol, hoy de propiedad privada, apenas quedan vestigios de su fabuloso origen. Este trozo de tierra firme emerge a cuarenta metros sobre el nivel del lago, y sus orillas, festoneadas de hermosas clavelinas, embellecen aun más la policromía del paisaje. Frente a ella está la Isla de Coatí o Isla de la Luna, que evoca la leyenda de las Ñustas. Ya poco ofrece a la curiosidad del viajero y ha sido convertida en prisión.

¡Oh, lago Titicaca! Al recordarte vienen a mi memoria aquellos versos sonoros de Ricardo Jaimes Freyre, tan poeta de Bolivia como de la Argentina:

Lago de Sol, dormido junto a las nubes
donde guardan tu sueño nieves eternas,
cuando salen los vientos de sus cavernas
lagos de verdes aguas que al cielo subes

Nace en tus frías ondas el peregrino
señor de labradores y de guerreros;
del indio Manco Kápajh, sabio y divino,
cubre la inmensa sombra los ventisqueros.

El santuario de Copacabana

Hice el viaje a Copacabana acompañado del doctor Harvey L. Johnson, profesor de literatura hispanoamericana de la Universidad de North Western, en los Estados Unidos. Partimos de La Paz en automóvil. La mañana luminosa y serena y el cielo de un limpedez que hacía resaltar aun más la belleza de los altos cerros que rodean la ciudad, invitaban para la excursión relativamente larga que significa llegar desde la urbe paceña hasta la localidad de Copacabana, donde se encuentra el santuario.

Interesante es en verdad el trayecto. Durante una hora nuestra vista no se cansa de contemplar el panorama que ofrecen las montañas nevadas, entre ellas el Illimani —verdadero gigante— con su eterna capa blanca que brilla majestuosa con los rayos del sol. Poco después nos aproximamos al lago Titicaca, cuyas aguas, de un azul purísimo, ya no dejaremos de observar durante las tres horas del viaje que aún nos quedan. Batallas, Huarina y Chua llámanse los pueblecitos que atravesamos hasta llegar al estrecho de Tiquina, de unos ochocientos metros más o menos, breve cordón umbilical, como se lo ha llamado, que parece dividir en dos partes el inmenso lago Titicaca. Aquí es necesario embarcar el automóvil en una balsa que nos cruza a la otra orilla, y luego de almorzar en el Hotel Tiquina, una hora después estamos en Copacabana y podemos divisar la hermosa basilica desde lo alto del camino que baja serpenteando hasta la vieja población que cuida con acendrada fe el culto de la bella imagen.

La devoción a Nuestra Señora de Copacabana tiene una antigüedad que se remonta a los últimos años del siglo XVI.

En el lugar que hoy ocupa el santuario, el inmenso imperio de los incas había hecho el centro de su vida civil, política y religiosa. A pocas leguas de allí se encuentra la Isla del Sol, que fuera asiento del monarca, y origen, según la leyenda, de la raza que reconoce como progenitores a Manco Capac y Mama Ojillo. No lejos de la Isla del Sol encuéntrase la Isla de la Luna, que estaba habitada por las ñustas o vestales. La tradición conservada por los sabios —amautas—, quiere que de esa isla salieran los primeros conquistadores españoles que asentaron sus reales en la hoy ciudad de Cuzco, y sus hechos memorables que se conservan en relatos que llegan hasta nosotros ponen de relieve la vigorosa imaginación de los hombres del altiplano.

La imagen de la Candelaria, más conocida por Nuestra Señora de Copacabana, llegó hasta el lugar en que hoy se encuentra el 2 de febrero de 1583. Fué modelada por el indio Francisco Tito Yupanki como una ofrenda a la Virgen Santísima para que la Madre de Dios atrayese al seno de la religión católica a sus hermanos de raza, sumidos en el paganismo, y para que interviniera como mediadora en las luchas constantes que dos bandos rivales —los Aransayas y los Uriusayas— tenían dividida a la población con graves perjuicios para todos.

No le fué fácil a Yupanki dar forma a la figura. Sus manos, encallecidas por el trabajo dura de los campos, carecían de la flexibilidad necesaria para imprimir gracia y suavidad al rostro de la Virgen. Tenaz en su propósito de llevar a cabo la tarea que se había impuesto, y acuciado por la fe que cada día se adentraba más en su corazón, Francisco Tito Yupanki emprendió viaje a Potosí a fin de ponerse en contacto con los numerosos artistas que por entonces vivían en la célebre ciudad que a todos atraía con el prestigio de las riquezas de su cerro fabuloso. No tuvo mucho éxito en la Villa Imperial, ya que sus primeros trabajos fuéronle rechazados por toscos y rudos. Quiso la suerte, empero, que alguien le hablase de cierto decorador español que por entonces se

ocupaba en la ornamentación de los retablos de la iglesia de San Francisco en La Paz.

Tanto empeño había puesto Yupanki en la empresa, que sin vacilar encaminóse a Chukiago, como por aquellos años se llamaba a La Paz. El artista buscado le prestó todo su apoyo, y la imagen, embellecida por la técnica del plástico español, fué aceptada por la autoridad eclesiástica que dispuso lo necesario para que se elevase a los altares.

Gozoso el indígena se dirigió a Copacabana con su virgencita. Al llegar a Tiquina los naturales de esta zona quisieron que quedara allí para rendirle adoración. Enterados de ello los habitantes de la península intentaron levantarse en armas en defensa de lo que consideraban su legítima propiedad.

El 2 de febrero de 1583, como hemos dicho ya, la Virgen de Copacabana hacía su entrada triunfal en medio de la inmensa alegría de la población que, desde entonces, se consagró al cuidado de su culto.

Desde la llegada de la imagen hasta el año 1826 los padres agustinos fueron los encargados de la custodia del santuario. Largo sería relatar los hechos ocurridos en tan dilatado espacio de tiempo, durante el cual la comunidad debió hacer frente a los inconvenientes que se presentaban. Un cura o capellán lo dirigió hasta que en 1829 se constituyó una colegiata. En 1842, el presidente de la República general José Ballivian entregó el templo a los padres franciscanos. Surgen algunas dificultades y se alejan para regresar en 1851. En 1860 se retiran de nuevo, pero vuelven en 1894. Desde entonces los hijos de Asís han cuidado ininterrumpidamente el santuario, que ha progresado notablemente, no sólo por su prestigio secular, que se ha afianzado, sino también en el aspecto arquitectónico, ya que la modesta capilla de 1583 es hoy hermosa basílica que declarada monumento nacional atrae a millares y millares de fieles que llegan hasta Copacabana —“Mirador del lago” según la lengua aborígen— para prosternarse ante la imagen y pedirle ayuda y protección.

La imagen de la Virgen de Copacabana ha sido tallada en maguey con revestimiento de estuco. Tiene al Niño en su brazo izquierdo y en la mano derecha un pequeño canasto con dos tórtolas. El santuario ocupa una gran extensión y su altura alcanza casi a treinta y cinco metros. En su interior hay cinco capillas y en la plazuela de entrada álzanse tres cruces de granito, midiendo la central cinco metros y medio.

En una ceremonia llevada a cabo el 20 de julio de 1943 en presencia de las más altas autoridades del país, los representantes diplomáticos de toda América llevaron la bandera de su patria, que fueron depositadas en la basílica. Desde entonces, las enseñas del continente, allí reunidas, simbolizan la fraternidad de los pueblos que reconocen un mismo origen y se inspiran en idénticos ideales de libertad y democracia.

Francisco Tito Yupanki, el piadoso indiecito que un día se fué de la tierra de sus padres y viajó hasta el Potosí legendario en busca de la enseñanza de los maestros imagineros para dotar de mayor pureza a su modesta escultura, tuvo la satisfacción de verla en el altar rindiéndosele culto fervoroso. Quiso abrazar el sacerdocio en la orden agustina, anheloso de perfección espiritual. Fué sólo hermano lego, pero consagróse a sus deberes religiosos con singular unción. Estaba viejo y enfermo, y sus manos, antes ágiles para el modelado de sus tallas, apenas le servían para manejar el azadón y alzar el toso balde con que regaba el humilde jardín del convento arequipeño. Una tarde de principios de diciembre de 1616, cuando la primavera engalanaba de verde las colinas y un airecillo tibio besaba las copas de los árboles, los frailes encontraron junto a un banco, tendido sobre el suelo, el cuerpo ya sin vida del hermano José. Apretaba entre sus dedos las cuentas del rosario, y es casi seguro que al sentirse morir imploró por vez postrera la dulce protección de su Virgen Morena.

En el Cuzco legendario

Poco después de las dos de la tarde parto de la ciudad de La Paz. Encamínome hacia el Cuzco, Capital Arqueológica de América. Durante cuatro horas el tren recorre una región de campos yermos y desolados en cuyos alrededores se pueden admirar todavía los vestigios de antiguas civilizaciones. La pobreza de la vegetación invade el alma de melancolía, que acentúa aun más una llovizna que cae persistente. En Huaqui la inspección aduanera es lenta y molesta. Hay poco respeto por el viajero, en quien se ve un presunto contrabandista. Luego de la enojosa pesquisa que se prolonga demasiado, comienza la tediosa tarea de la carga de bultos al vapor "Ollanta", linda embarcación que surcará las aguas del lago Titicaca para dejarnos al día siguiente en el puerto de Puno. La comida en el "Ollanta" es mala y escasa. No nos hemos sentado a la mesa cuando ya tenemos que levantarnos. Pocas horas después, con las primeras luces del amanecer, el movimiento de a bordo nos indica que estamos a la vista de Puno. Aquí los aduaneros son menos quisquillosos que en Huaqui. A las ocho de la mañana el tren sale para Cuzco y llegamos a la fabulosa ciudad cuando las sombras del atardecer cubren con su negro manto los edificios seculares que hablan de leyendas y misterios.

El Inca Garcilaso de la Vega, autor de los famosos "Comentarios Reales", vió la luz en Cuzco en 1539. No sin razón pudo afirmar que en su ciudad natal se contenía la descripción de todo el imperio. Profunda verdad no desmentida, pues quien visita hoy el Cuzco se aleja de él llevando una impresión exacta de lo que debió ser el pasado en esta remota región de América. Sus gentes, sus calles, sus monumentos, sus reliquias, el ambiente, en fin, que en ella se respira, nos habla de grandezas y miserias, de los días de placer y de las horas de terror, de su progreso y de su decadencia, ya que allí se sintetizó un momento cultural y social sin precedentes

en el Nuevo Mundo, por las enormes riquezas acumuladas y el poderío de sus monarcas incas.

No podré olvidar fácilmente la impresión que me produjo Cuzco la noche de mi arribo. Apenas depositadas las maletas en el cómodo y lujoso Hotel de Turistas encamínome a la Plaza de Armas. Unas calles amplias y limpias me llevaron a ella. El hechizo de las construcciones que la rodean producen al viajero una sensación de admiración y estupor. La luz eléctrica es escasa y los destellos de la luna llena bañaban de reflejos argentados la piedra secular de sus templos prestigiosos. Como imantado por una fuerza irresistible me dirijo a la Catedral. De estilo Renacimiento, fué constuída en el siglo XVI bajo la dirección del arquitecto don Juan de Veramendi, quien fué reemplazado más tarde por don Juan de Correa y don Diego Arias de la Cerda. Ocupa el solar en que se levantaba el palacio del Inca Huiracocha, sitio éste que, al producirse el repartimiento por los conquistadores, se adjudicó a don Alonso de Mesa. Tiene más de ochenta metros de longitud, treinta de ancho y veinte de altura. Sobrecoge la riqueza y elevado gusto artístico de sus altares y retablos, de sus cuadros y tallas. La sillería del coro es magnífica y sólo comparable con la del convento de San Francisco. El altar mayor ha sido trabajado en plata y evidencia en sus artífices un depurado concepto de la belleza plástica. Tres naves enormes dan cabida a tres soberbias capillas. El "Señor de los Temblores" y "La Linda", patronos del templo, concentran la devoción del pueblo cuzqueño, que exterioriza su fe rindiéndoles culto fervoroso. Periódicamente ambas tallas son llevadas procesionalmente en unas andas de plata de un valor incalculable. En los muros pueden admirarse pinturas de gran mérito artístico, algunas atribuídas a los grandes maestros europeos, entre ellas un Cristo que se supone sea obra de Van Dyck.

El arquitecto don Angel Guido, que ha estudiado detenida y concienzudamente el acerbo artístico hispanoamericano, sostiene que en el Nuevo Continente no se pudieron producir

obras de jerarquía que resistiesen a la crítica severa mediante el cartabón de la estimativa europea. Han quedado, sin embargo, trabajos de valor indiscutible, los que pueden admirarse principalmente en Quito, Lima, Cuzco y Potosí. Dice Guido que al llegar los primeros artífices españoles a Cuzco formáronse dos corrientes, especialmente en pintura: una de imitación europea y otra de intervención vernácula. La primera se inspiró seguramente en Ribera, Zurbarán y Tintoretto. La segunda se caracterizó por su sello propio, en el que lo incaico juega un rol primordial. La primera no alcanza la perfección y gracia de los modelos que imita. La segunda, anónima casi toda, se singulariza por lo que él llama una suerte de “medievalismo mestizo”, y es de gran significación para el estudio de la pintura colonial sudamericana, pues influenció la escuela limeña, se fusionó con la quiteña, alimentó la potosina y llegó hasta Chile y el norte argentino.

Tiene la catedral dos capillas a sus costados: a la derecha “Jesús María”, y a la izquierda “El Triunfo”. El estilo churrigueresco predomina en la primera, el renacimiento español en la segunda. Ambas poseen verdaderos tesoros artísticos. Al salir de “Jesús María” hállase en pie, a la derecha, el edificio ocupado en la época colonial por el Tribunal de la Santa Inquisición, en cuya fachada, como un tético recuerdo del pasado, vése una calavera con las tibias cruzadas, símbolo del cruel y agresivo fanatismo de quienes llegaron de España dispuestos a hacer triunfar la fe de sus mayores, aunque para ello fuese menester que la sangre corriera a raudales.

A pocos metros del templo metropolitano se levanta —soberbia— la iglesia de la Compañía, que en la actualidad no está dirigido por los hijos de Loyola. Su barroca fachada elevase a una altura que alcanza casi a los cuarenta metros. Varios cuadros murales representan escenas hagiográficas en las que la figura de San Ignacio surge en primer plano. Un detalle curioso y de sugestiva evocación lo constituye un retablo allí existente y que representa los esponsales de don Martín de Loyola, sobrino del fundador de la orden, con doña

Beatriz Ñusta, princesa inca, ambos de relevante figuración en el mundo colonial. Presencian la ceremonia personajes de las dos culturas que allí se dan la mano, vestidos unos según la típica costumbre lugareña, y ataviados otros con ropajes en los que puede verse una mezcla singular de lo autóctono con lo foráneo. Este matrimonio es para el recordado arquitecto don Angel Guido un "símbolo certero": el del feliz connubio del católico patetismo hispano y el panteísta patetismo incaico. Esa eurindica mezcla de la sangre hispano-cristiana con la inca-imperial, sostiene, traerá como consecuencia un arte rebelde: el mestizo libertado del español, y, muy luego, un clima social rebelde: el de la emancipación.

Al salir de la Compañía encontramos pronto el Callejón de Loreto, y, a algunos metros de allí, el templo de Santo Domingo, en cuyas inmediaciones se levantaba en el incario el misterioso Coricancha, sitio de la pagana adoración del sol. Junto a tanta cosa muerta podemos admirar lo redivivo de aquella civilización milenaria, entre lo que es digno de mención ciertas vislumbres de modernos inventos: tales las curiosas aplicaciones hechas en los muros y que parece tuvieron por objeto comunicar a los hombres entre sí, lo que hace pensar que en aquella brava raza de guerreros existía ya cierta conciencia de lo que son hoy los aparatos telefónicos.

Santa Clara, con sus altares ornados de cristal, San Francisco que exhibe sus soberbias arcadas y su maravillosa sillería y el pequeño templo de San Blas, célebre en los anales de la historia artística de América por su púlpito de singular belleza —acaso el de más rico acabada que posee el Continente—, no son sino algunos de los muchos lugares del Cuzco a los que se llega con los ojos deslumbrados y el corazón palpitante de emoción estética. Hatun-Rumiyoc, el palacio que fuera de Inca-Roca, "Cuatro Hermanos", "Maruri", el Palacio de los Almirantes de Castilla y otros soberbios edificios de la época anterior a la Conquista y posterior a ella, cuando el soldado hispánico logró domeñar a los hombres altivos y soberbios que habitaban la región del Tehuantinsuyo,

hablan de un pasado de riqueza y esplendor del que sólo quedan en algunos monumentos los muros centenarios, pero en los que parece reavivarse todavía el genio de la raza cuyo último grito se perdió para siempre en la soledad abismal de los collados.

Quien sienta vibrar en lo más hondo de su alma el auténtico latido de la americanidad, no deje de visitar Cuzco. Sus piedras hablan al corazón en el lenguaje que no muere, que no morirá nunca, porque los hombres de hoy descienden de aquellos que idearon y levantaron las portentosas construcciones de las que ahora se sienten sus más fieles custodios. Pasarán los años, los siglos sucederán a los siglos, pero el espíritu, el genio, el aliento vital de aquellos seres de bronce, nos indicará la ruta del pasado y el luminoso camino del porvenir.

La Ciudad de los Reyes

¿Quién que tenga alma de artista no deseó alguna vez llegar hasta Lima? ¿Quién no ambicionó un día sumergirse en el ámbito espiritual de esta gran capital, tan contradictoria en apariencia, y sin embargo tan llana y sencilla en sus costumbres, tan acogedora y simpática en el trato mundano de sus hijos? ¿Y cómo no sentirnos contagiados con la emoción de estos versos de Rafael Obligado?:

Lima fué desde mi infancia
Aquel albergue querido
Que se sueña como un nido
Blando y tibio a la distancia.

Albergue querido, si, porque en Lima nos sentimos enraizados con las más puras tradiciones de la raza, esas tradiciones ¡ay! que desgraciadamente ya se van para dejar paso a las corrientes modernistas que todo lo abaten en un ansia incontentada de progreso.

Lima, la "Perla del Pacífico", es quizás una de las capitales de América que en forma más pronunciada ha ido asimilando las nuevas tendencias urbanísticas. Su posición excepcional de ciudad recostada junto al mar le ha permitido abrir sus puertas a toda innovación. La importancia de Lima durante la época colonial, sus riquezas, su esplendor, su lujo, hicieron de ella el centro de la actividad múltiple del Virreinato del Perú. Absorbidas en gran parte las fuentes de sus recursos al crearse el Virreinato del Río de la Plata, sobrevino para Lima un período de franca decadencia. Data de los últimos ochenta años el adelanto efectivo de la urbe, y grandes gobernantes como Castilla, Balta, Pardo y Piérola han sido los artífices de la Lima moderna, que puede exhibir con orgullo la obra de sus hijos, empeñados en engrandecerla por medio del trabajo perseverante. En esta ciudad se ha tratado de respetar en lo posible aquellos monumentos que simbolizan un momento cultural sin precedentes en la vida artística de la capital.

Sugestionado por su viejo prestigio, creí encontrarme con una Lima antañona, conservadora y monástica. Nada de ello. Queda ya muy poco de épocas pasadas, si bien lo que está en pie son valores perdurables del pretérito. La Plaza de Armas, a partir de comienzos del presente siglo, empezó a transformarse. Frente a ella está la Casa de Gobierno y la Catedral, y sus alrededores son muy diferentes, por cierto, de aquellos que habíamos observado en amarillentas estampas y oleografías. Sin embargo, a pocas cuadras de allí, consérvanse algunos restos de la casa en que nació Santa Rosa y la celda que santificó la doncella con su vida de rigurosa penitencia.

También es digno de mencionarse el Palacio Torre-Tagle, sede del Ministerio de Relaciones Exteriores, una joya del tiempo colonial. Las iglesias, de gran mérito artístico en su mayoría, evidencian la acendrada fe de los peruanos, que exteriorizaron en ellas un hondo sentimiento místico. La Catedral, San Francisco, la Merced, en la zona céntrica, son

ejemplos de ello. La Magdalena, un tanto alejada, es una primorosa expresión de arte por la gracia sutil de sus pequeños altares y retablos.

Ciudad encantadora es Lima por sus numerosos parques y paseos y amplias avenidas, bellamente arbolados. El fervor patriótico del pueblo se manifiesta en los muchos monumentos y estatuas que se levantan en todos los rincones de la capital. En la Plaza San Martín, en pleno corazón urbano y en medio de modernos edificios, se ha erigido el monumento al Libertador, a pocos metros del Girón de la Unión y de la Avenida La Colmena. El monumento a Bolognesi, el héroe del Morro, obra de Agustín Querol, evoca aquel momento glorioso de la defensa de Arica.

La Naturaleza le ha brindado sus dones y la ciudad crece vertiginosamente, de modo que puede afirmarse que ella llega, sin solución de continuidad, hasta los hermosos balnearios de Miraflores, Barrancos y Chorrillos. El giro comercial es muy activo y la población limeña se ha quintuplicado en poco más de ochenta años. Antes de una década pasará el millón de almas. No son únicamente los barrios residenciales los que en forma tan acentuada progresan y se extienden, sino que algunos lugares como Santa Inés, Chacrasana y Chosica toman cada día mayor incremento, resolviendo así la congestión urbana y ampliando la vida de la ciudad más allá de los límites que hasta hace algún tiempo cerraban el área geográfica de la capital del Perú.

Maravillosa es esta Lima de los virreyes, que guarda celosamente su pasado y vela sin descanso por su venturoso porvenir. Centro de cultura honda y extensa, tanto se apasiona por la instrucción primaria como por el prestigio de su vieja Universidad. Y mientras se trabaja seriamente en laboratorios, bibliotecas y archivos y la industria y el comercio indican con sus cifras el intenso intercambio de valores, la vida social conserva el señorío tradicional que ha hecho de Lima el "albergue querido" que cantara Obligado.

¡Oh, Lima! Yo te evoco envuelta en el cendal de tu bru-

ma mañanera y bajo el claro sol que bañaba los edificios en aquellos días serenos y apacibles de primavera en que recorria tus calles de nombres evocadores y nostálgicos. Y te veo también en tus noches embrujadas, cuando me lanzaba por los viejos girones a la pesca de una emoción recóndita. ¡Oh, Lima!, alternativamente niña y anciana, noble y plebeya, pecaminosa y devota. Quisiera, si, visitarte de nuevo, pues hay en tí algo de misterioso y extraño que nos ata a tus playas, que nos acerca al corazón de tus hijos, que parece decirnos que entre peruanos y argentinos no existen diferencias profundas, como que hemos nacido bajo el signo de los mismos ideales que un día encarnara la figura ciclópea del Gran Capitán.

JULIO A. CAMINOS

